

# Don Quijote. El poder del delirio.

Francisco Alonso-Fernández  
Madrid, Editorial La hoja del monte, 2015.

Carlos Rojas Malpica<sup>1</sup>

## Reseña de la bibliografía internacional

El texto que aquí comentamos es parte de una trilogía del mismo autor. El primero en ver la luz fue *El Quijote y su laberinto vital*, el segundo, *El Quijote entre la usurpación y el delirio*, y el tercero y último, el que trabajaremos a continuación. Sin embargo, todos han sido consultados para el presente comentario.

La psiquiatría, según palabras del mismo autor, es la rama humanística por excelencia de la medicina. No se puede ser psiquiatra, por lo tanto, haciendo a un lado las Humanidades. Tampoco se puede pensar que hacer psicohistoria, penetrando en el estudio de un texto literario, sea una mera diversión profesional. Se compromete tanto el psiquiatra en esta tarea como lo hace en las otras vertientes de la vida profesional.

En su sistema de exploración y relación, el psiquiatra se involucra a sí mismo. Hay dentro de sí un sistema de exploración y de reconocimiento, que no es exclusivamente racional, pues compromete todos los planos de su vida psíquica. De allí la idea de Alonso-Fernández cuando sostiene que la psiquiatría antropológica no es sólo un método, sino una entrega existencial, por la cual el ser del psiquiatra reclama la existencia del psiquiatra. No hay otra forma de adentrarse en el mundo vivencial de Alonso Quijano, devenido en Don Quijote de la Mancha, por efecto de la profunda mudanza que opera en la psiquis del modesto manchego gracias *al poder del delirio*, como ya lo anuncia el autor desde el mismo título.

"De complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza". Con esas pocas líneas ya Cervantes nos da un retrato del hidalgo, quien sin traumatismos psicológicos ni estresores desencadenantes comienza a entrar en un delirio cada vez más expansivo y totalizador. Muchos hidalgos de su tiempo anhelaban glorias y honores, pues eran un sector social venido a menos. La hidalguía no era una vergüenza porque hablaba de una historia familiar otrora digna y encomiable, y por la misma razón, incubaba valores que no encontraban ya su debido reconocimiento en la España Imperial del siglo XVI, pero que no por ello dejaban de alimentar el Yo de muchos caballeros medievales. El Yo desea y ambiciona honores y blasones más que riquezas y fortuna.

Esa mezcla de resentimiento e infortunio es territorio abonado para un delirio como el de Don Quijote. Fue una acertada percepción sociológica la de Cervantes cuando decide ubicar su héroe en ese sector social de la hidalguía venida a menos...

El delirio del caballero andante repara con creces ese sujeto histórico en minusvalía: "Yo sé quien soy... Yo soy Don Quijote de la Mancha, caballero andante... Yo soy el más valeroso caballero andante que jamás ciñó espada... Nadie tiene más brío en acometer... Yo valgo por ciento...". Y dice nuestro autor: "su figura estafalaria albergaba una grata sorpresa: la de encarnar unos ideales caballerescos de la más alta nobleza, utilizados a menudo para definir el conmovedor fenómeno del quijotismo... [...] La autometamorfosis delirante megalómana que dio origen al Caballero de la Mancha, integrada por tres elementos (la falsa identidad delirante de sí mismo personal y profesional, el engrandecimiento delirante de la amada y la cabalgadura, y la autoimagen esculpida con unas aptitudes sobredimensionadas), tomaba un aspecto externo festivo y juvenil proporcionado por los rasgos hipomaniacos objetivos".

A los denominados Síndromes de Falsa Identificación Delirante (SFID), entre los que destacan el síndrome de Frégoli, el síndrome de Capgras, la internetamorfosis y los dobles subjetivos, habrá que agregar lo que Alonso-Fernández acierta en llamar "delirio de autometamorfosis", para describir el proceso expansivo que vive el Caballero Andante. En el síndrome de Capgras se recuerda al personaje de Sosías, de la comedia de Plauto, donde Mercurio suplanta la identidad del general Anfitrón para cohabitar con su mujer. De allí que el trastorno descrito por Capgras (1923) o "Ilusión de Sosías", sea conocido como un falso reconocimiento delirante caracterizado por la creencia irrefutable por parte del paciente de que las personas que se encuentran alrededor han sido sustituidas por dobles o se comportan como actores. El síndrome de Frégoli se caracteriza porque los pacientes se sienten perseguidos por una persona a la que creen ver en todas partes, por un individuo que es capaz de adquirir la apariencia de alguien conocido, ven el aspecto de personas de su entorno familiar cambiando la cara como si fuera un actor. En el síndrome de internetamorfosis el enfermo ve que las personas

<sup>1</sup> Profesor Titular del Departamento de Salud Mental. Facultad de Ciencias de la Salud. Universidad de Carabobo. Valencia. Venezuela.

intercambian sus identidades y en el de dobles subjetivos el paciente está convencido de la existencia de dobles idénticos a él. Como puede verse, los SFID constituyen un tema de enorme interés psicopatológico. Hoy se les estudia también desde el ángulo de las neurociencias en el campo de las agnosias y las alteraciones del hemisferio cerebral derecho, especialmente del área tétoro-parietal y regiones del lóbulo frontal.

En el caso que nos ocupa, Alonso-Fernández describe un nuevo tipo de SFID que es la *Autometamorfosis Delirante Megalómana de estirpe hipomaniaca al estilo de una apoteosis hipernarcisista*. Nuestro héroe se transforma por completo al asumir su nueva identidad, conservando intactas su condición humana y la identidad sexual. Sin que falten las interpretaciones y las percepciones delirantes, se trata sobre todo de un delirio imaginario, generado por fantasías y productos imaginarios en abundancia por el Caballero Andante. Los delirios imaginarios fueron originalmente descritos en 1911 por el profesor Dupré y su discípulo Logre. Se les considera delirios desiderativos porque logran compensar deseos y tendencias personales, que en el caso de nuestro hidalgo quiijotizado, le hace vivir el sueño de sentirse Caballero de la Mancha. Aquí se apunta otro éxito Alonso-Fernández al hacer notar que no ha sido la lectura incesante de libros de caballería la causante del delirio del hidalgo, sino que estas lecturas han alimentado su imaginación, contribuyendo como un *efecto patoplástico* sobre la trama delirante, lo cual, justo es decirlo, no había sido advertido por ningún autor precedente.

La humilde labradora Aldonza Lorenzo termina transmutada en Dulcinea del Toboso por acción del delirio de Don Quijote: "*Halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y, finalmente, de Dulcinea del Toboso en una villana del Sayago*". Y es que a la cobertura del delirio no escapaba ni siquiera su montura, devenida de rocín en Rocinante. Es por ello que Alonso-Fernández logra inventariar un repertorio de falsas identificaciones de personas, animales y cosas en la trama delirante del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Es notable el episodio con su amigo, el bachiller Sansón Carrasco, en el que el hidalgo se comporta como un caso de delirio de Capgras: "*Creo que vos, aunque parecís el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento*".

Los estatutos de caballería requerían que todo noble caballero estuviese acompañado de un escudero cabalgando en su corcel. Sancho Panza fue elegido para estos oficios "*por ser un hombre de bien*" y al mismo tiempo, comportarse de manera respetuosa con su amo, a lo mejor "*por tener poca sal en la mollera*". Por lo tanto, al lado del delirio del Quijote, anda un Sancho cada vez más crítico de sus desmanes. De procedencia humilde y sin falsas pretensiones, Sancho Panza se presenta como la contrafigura del caballero andante: "*Pues advertid, hermano, que yo no tengo don, ni en todo mi*

*linaje lo ha habido; Sancho Panza me llaman a secas y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas*". Es así que nuestro autor habla de un Sancho Panza devenido en un *Sócrates popular* que no se detiene a la hora de hacer señalamientos de realidad a su amo y señor Don Quijote de la Mancha.

El humor de Cervantes es evidente a través de todo el texto, quien se divierte y quiere divertir al lector con los disparates de su personaje. En el prólogo de la primera versión del texto ficciona a un supuesto amigo que le hace estas recomendaciones: "*Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla*". Cervantes hace burlas del hidalguismo español, pero al mismo tiempo conserva un gran respeto por la rebeldía justiciera del Quijote y coloca en sus labios esta hermosa frase con la que parece adelantarse a los enciclopedistas franceses de la Ilustración: "*La libertad, Sancho, es uno de los mas preciados dones que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres*".

No ha faltado quien niegue el trastorno mental del Quijote. Tal negación implica desconocer al mismo Cervantes, quien desde el comienzo de su glorioso libro, llama loco al Caballero Andante: "*En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante*"[...] Y en otro lugar: "*Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, que resucitara para sólo ello*".

La psiquiatría es ciencia heteróclita y heterológica. Heteróclita, porque como los verbos irregulares, no se deja conjugar con arreglo a la norma común. Ejercerla requiere de un cierto monto de talento creador, no gobernado por esquematismos mineralizados. Heterológica, por nutrirse por igual de los logros de las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. Ciertamente, el aporte de las neurociencias de los últimos años a la explicación del fenómeno psicopatológico ha sido formidable. Pero la aproximación al mundo vivencial del enfermo psíquico es imposible sin el aporte de la fenomenología y la analítica existencial. Sin eso, no es posible la entrega por la que el ser del psiquiatra reclama la existencia del psiquiatra. Leyendo "Don Quijote, el poder del delirio" aprendemos clínica y psicopatología de un psiquiatra existencialmente comprometido con la rama de la medicina humanística por excelencia. Ese esfuerzo literario y científico no tiene un rango epistemológico menor que las más detenidas descripciones de las neurociencias. Razón y valor suficientes para recomendar la lectura de este formidable libro nacido del pensamiento y la pluma de Francisco Alonso-Fernández.